

abandono, el desecho ó el desprecio, el retiro y la mortificación, se hallaban, como cinco presencias espirituales, en derredor de su cuna, y aguardaban su llegada. ¡Ay! ¡qué cambio deberá operarse en nosotros antes que semejante sociedad sea objeto de nuestra elección! Y sin embargo, ¿no han sido siempre las cinco hermanas de todos los santos de Dios?

Había, pues, algo en esas cinco virtudes que expresaba el carácter del Verbo encarnado. Representaban su santidad humana: eran una profecía de los treinta y tres años; figuraban el espíritu y el genio de su Iglesia en todos los siglos. Echaban por tierra los juicios del mundo, y eran las reglas nuevas, según las cuales serán pronunciadas las sentencias del último juicio. Eran en sí mismas una revelación, porque no habían sido indicadas sino de una manera muy obscura en las antiguas Escrituras, y la filosofía pagana ni aun había pensado en ellas. Todavía en nuestros días, ¿en qué consisten todas las herejías que conciernen á la vida espiritual sino en el desprecio en que se tiene á esas virtudes? El ascetismo forma parte de la ignominia de la Cruz, y el paganismo moderno se aparta de él con el mismo desdén que le manifestaba el paganismo de la Grecia y de Roma en tiempo de los Césares perseguidores.

Sin embargo, esas cinco virtudes, no solamente encierran el espíritu particular de la Encarnación, y personifican en sí mismas los rasgos especiales de este misterio, sino que también revelan el carácter del mismo Dios, y esparcen la luz sobre profundidades ocultas de su divina magestad. La pobreza creada ¿no es la verdadera dignidad de aquel cuya riqueza es increada? Aquel cuya vida ha sido una eterna independencia y una beatitud plenamente feliz en sí misma, ¿se apoyará en las criaturas? ¿Podemos intentar de aplicar al Todopoderoso la idea de lo confortable sin deshonrarle? La plata y el oro, los diamantes y las perlas, las casas y las propiedades, todas esas cosas, evidentemente habrían parecido á Dios ignominias más verdaderas que las injurias de Sión ó las crueldades del Calvario. Ante estos misterios insondables inclinar nuestra frente, cerrar nuestros ojos y adorar dentro de nuestro corazón es lo natural y justo. ¿Quién adivinará jamás en conjunto las tendencias, el plan de los proyectos de Dios?

Mas ¿para qué detenernos en el umbral de ese grande acontecimiento? ¿Acaso la noche avanza lentamente, ó nuestros deseos son fríos é indiferentes? El amor seguramente conoce muy bien esa impaciencia que retrasa, esa impaciencia que su mismo ardor hace titubear, temblar, y que se vuelve tranquila. Consideramos los objetos que los ojos

de María contemplaban. Algunas veces se ha dicho que estaba tan sumamente pobre, que no la había sido posible hacer preparativos para la aparición del Niño. Guardémonos de creerlo así: pudiera haber sido otra cosa si María hubiese querido; y si el nacimiento de su amado debía tener lugar en un establo, después de las repulsas inhospitalarias de Belén, hubiera podido disponer, para arreglar el pesebre, de algo más que un poco de paja dura y punzante. Se había provisto de pañales, y la hubiera sido fácil preparar otra cosa que suavizase el rigor del frío de la noche. Esos accidentes no eran una necesidad de la pobreza de la Madre: eran un efecto de su heroica obediencia. Habían sido elegidos por el Hijo, y la Madre sabía muy de antemano qué era lo que había escogido. Durante nueve meses por lo menos, si no antes, sólo veía por los ojos de Jesús, y no había amado más que por su corazón. Estaba en su secreto; los gustos de su Hijo habían llegado á ser los suyos, y su regla, su peso y su medida. Frecuentemente, en visión, había visto la Gruta, y la había extasiado la belleza espiritual de preparativos tan poco conformes á los gustos del mundo. Había llegado la hora y contemplaba las realidades. En su éxtasis, los animales, el pesebre, la paja, la obscuridad y el frío, parecía que revoloteaban en derredor suyo, de una manera confusa, y revestidos de un doble aspecto, mostrándola á veces sus rasgos materiales definidos, y descubriendo otras á sus miradas las hermosas fisonomías de la pobreza, del desamparo, de la humillación, del retiro y de la mortificación. Miró hacia el cielo, y contempló en Dios esos abismos que indicaban aquellos objetos exteriores. Se miró á sí misma con su nueva costumbre, que databa de nueve meses, porque para ella, su interior era lo que el cielo para las almas, de las demás criaturas, y la grandeza del misterio la hizo temblar; deseó, aun cuando su humildad temía que su deseo fuese una voluntad; pero el deseo de su corazón, semejante á una arma arrojada que después de lanzada no se puede detener, había precipitado su carrera. Tocó al corazón del Niño, é inmediatamente sintió el contacto de Dios, y entró en una calma inefable, y Jesús reposaba en tierra sobre una punta de su vestido, y se prosternó ante él para adorarle. Dos veces sus puros deseos le habían hecho salir de su sitio predilecto: una del seno increado de su Padre, y la segunda de su propio seno creado, en que había querido habitar. Parecería que la dulce voluntad de María había sido el regulador de los decretos divinos.

María miró la faz del Dios encarnado: de una mirada descubrió en él innumerables maravillas celestiales, y sin embargo, ve que sus en-

cantos son inagotables. La visión ha excedido todas las esperanzas, hasta las de la Madre. Contempla, y á medida que contempla, puede comprender de qué modo las poderosas inteligencias de los ángeles y de los hombres en la plenitud perfecta de su gloria imperecedera se desarrollarán á los rayos de aquella hermosa fisonomía, y se alimentarán para siempre con su expresión tan adorable, tan variada, tan dulce y tan magestuosa. Se opera en ella un cambio que es un signo visible y maravilloso: se produce en su vida de gracia una crisis inefable, uno de esos nuevos principios, como se produjo uno en la anunciación, y como se producirá otro en la venida del Espíritu Santo. Había cesado de ser el tabernáculo del Dios encubierto. La posición de Dios con respecto á ella había variado, y sus gracias también habían experimentado una mudanza: la única mudanza que jamás habían conocido; habían recibido un aumento prodigioso. De repente fué revestida de una pureza nueva, porque Jesús había exaltado su integridad sin mancha por la manera con qué había nacido, como lo había hecho precedentemente por la manera con que se había encarnado. Era una pureza como jamás la había poseído criatura alguna; jamás hasta entonces había habido pureza creada que se asemejase á la de María. Contempla la faz de su Hijo, y mientras la mira, sus facciones toman la semejanza de las de Jesús.

José también se aproxima para adorar. José, el más oculto de los Santos de Dios, y envuelto en las nubes mismas y las sombras que rodean la fuente increada de la divinidad. Su alma es un abismo de gracias sin nombre, de gracias más profundas que aquellas de donde brotan las virtudes ordinarias: son raíces que no tienden hacer el ensayo del invierno de este mundo, pero que aguardan para desarrollarse y dar flores maravillosas ante la faz de Dios, el mundo por venir. No nos es posible dar un nombre al carácter de su santidad. No podemos compararle con ningún otro de los Santos de Dios. Del mismo modo que su oficio era único, así también su gracia ha sido enteramente especial, ha seguido lo que había de particular con su oficio, y ha sido también única. José ha sido para María entre los hombres, lo que Gabriel era para ella entre los ángeles; pero ha estado más cerca de ella que Gabriel, porque José era de la misma naturaleza que María. Ha sido para ella, después de Belén, lo que San Juan fué después del Calvario; de manera, que probablemente si nos fuese posible verlo, reconoceríamos cierta analogía entre su santidad y la del discípulo amado. Pero su santificación está oculta en la obscuridad, es probable que recibiese el don de la justicia original, como San Juan Bautista, aunque no podemos decir

si ese don le fué concedido antes de su nacimiento, como lo fué al Bautista y á Jeremías. Conviene también creer, que por una gracia especial fué preservado del pecado venial. Lo que es indudable, es que fué un vaso de predilección divina, predestinado desde toda eternidad para un oficio particular é incomparablemente sublime y revestido de las gracias más magníficas, destinadas á hacerle digno de su oficio.

Estaba frente á Jesús visiblemente en lugar del Padre Eterno. Por eso amado de una manera enteramente particular por la persona divina que representaba en una función tan importante, y tan bien, de una manera enteramente particular por la segunda y tercera personas de la Santísima Trinidad, á causa de aquella representación misteriosa. Jesús, el amantísimo Jesús, debe haberle mirado, no sólo con el amor más tierno, sino también con un respeto profundo y una sumisión inefable. Por más dulce y humilde, por más puro y amante que haya sido San José, nos es posible pensar en él sin un gran sentimiento de respeto, á causa de esa sombra de identidad con el Padre Eterno que le pertenece, y que le encubre á nuestras miradas, aun cuando le presenta á nuestra fe. No podemos describir su santidad porque carecemos de término de comparación. No tan sólo era más elevada que la de los santos, sino que era también de un género diferente; verdad que al meditar sobre los días infantiles de Jesús, al contemplar los misterios de la Santa infancia, el Niño y la Madre absorben, digámoslo así, toda la atención; pero no se puede agitar esa idea sin que se note como en un cuadro una imagen de á primer término: San José era débil y avanzado en edad, dulce y clemente, pobre y obscuro, creyente y dócil, y sin embargo, era una fortaleza inexpugnable, á cuyo abrigo el honor de María y la vida de Jesús se hallaban en seguridad. Si su vida oculta era semejante á la de Dios, lo mismo sucedía con su tranquilidad. Su justicia, como la de Dios, se hallaba de tal modo templada por la misericordia, que casi perdía su aspecto de justicia para revestir el exterior de la indulgencia. Su misión aquí en la tierra habla muy alto á favor de los caracteres especiales de su santidad. Comunicaba con Dios durante las horas de su sueño, como si su sueño no hubiese sido más que el reposo místico de la contemplación. Todavía hoy en la Iglesia se mantiene como separado, entre las sombras del Antiguo Testamento, como si la ley antigua fuese más bien la dispensación del Padre y por consiguiente el lugar que le conviene más.

Se acerca á Jesús recién nacido para adorarle antes de mandarle. Su alma se llena silenciosamente de amor, y si fuese preciso, dejaría con gusto que su vida se rompiese y se fundiera sobre el suelo de la Gruta

á los pies del Niño, como lo hizo más tarde sobre sus rodillas; pero aun no había llegado el tiempo, y el Niño le santificó de nuevo; le revistió de una fuerza llena de calma y de una sabiduría llena de fuerza, le elevó á una esfera mucho más alta de santidad y de inefable gracia. ¡Cómo le ilustraría acerca de aquel misterio!

¿Quién se atreverá á imaginar lo que Jesús pensaba humanamente en el momento en que reposaba en el suelo, contemplando con sus ojos el mueblaje de aquella Gruta que María había contemplado, y que él había escogido desde toda eternidad? ¿Quién pretendería sondear las impenetrables profundidades del amor y de la adoración que ofrecía á Dios, la más grande que ofrecérsele podía, de un valor infinito? Toda la historia de la creación pasada, presente y por venir, estaba delante de él: la veía y la comprendía toda entera. Sentía que él era el centro, en derredor del cual se agitaba todo lo demás; el eje sobre que giraban todas las cosas; la luz que difundía por todas partes la claridad; el gracioso y temible punto de contacto entre el Criador y la criatura. En aquel instante adoraba, redimía y juzgaba. Todos los corazones de los hombres estaban en su corazón. Nosotros también estábamos allí, encerrados en una pequeña esfera de su conocimiento amoroso y de su misericordiosa atención. Nosotros también éramos habitantes de la Gruta de Belén, habitábamos el centro divino de aquella Gruta, el corazón del Niño recién nacido. ¿No es eso bastante para hacernos dirigir nuestra vida hacia el cielo de una vez para siempre? ¿Quién podrá decir el amor inefable que profesaba á María; María á la que contemplaba entonces por primera vez con sus ojos humanos, María, á quien él mismo había predestinado desde la eternidad, *ab initio ordinata sum?* ¿Quién podrá decir con qué respeto, con qué júbilo se volvía hacia San José? Porque María y José radiaban igualmente en las olas de aquella Preciosa Sangre, que no derramada todavía circulaba por sus venas y palpitaba en su corazón. Jesús, María y José, he aquí la Trinidad terrestre, en el mundo ser la creación, especie de verberación, en cuanto á María y José, de la del cielo, ¡Jesús, persona eterna de la eterna Trinidad, forma parte de la trinidad creada!

Así apareció el Criador, como para formar parte de su propia creación visible. Pero ¿cómo fué recibido? Desde el primer instante que siguió á su aparición en el mundo, el primer acto de adoración de María le salía al encuentro. Apenas María hubo visto su faz, le ofreció un culto más perfecto, que los ángeles jamás habían podido tributar durante los millares de años de su existencia ante su trono. Excepto por el mismo Verbo encarnado; jamás la majestad divina había sido adorada de una

manera tan digna, ni que más se aproximase á un culto adecuado, si nos es permitido hablar así, cuando pensamos en el abismo que separa á lo finito de lo infinito. Jamás criatura alguna se ha abismado tan profundamente como María ante Dios en el sentimiento de su nada. Podía abatirse ó rebajarse más que ninguna otra, porque se hallaba más elevada en santidad que otra alguna. José también había adorado á Jesús como ningún santo lo había hecho antes de él. De las profundidades de su alma tan tranquila había salido como un Océano de amor; el amor más tierno, el amor más humilde, amor que se asemejaba en cuanto cabe el amor del Padre, como el de María se había asemejado al amor del Padre y del Espíritu Santo, porque era á la par Madre y Esposa.

Abandonemos algunos momentos el misticismo, si se quiere, de los anteriores conceptos, y demos cabida á la historia con su severidad y sencillez.

La crítica contemporánea ha comprobado la autenticidad y sinceridad de los Evangelios. No hay que discutir con ella, pues las pruebas están dadas contra sus negaciones. Tomamos los Evangelios por lo que son, es decir, por relaciones auténticas y sinceras de la vida de nuestro Salvador. La incredulidad desvía desdeñosamente los ojos de su cuna, nosotros queremos rendir nuestros homenajes al Niño Jesús, mostrando sus grandezas en el providencial momento en que vino al mundo, en los milagros de su nacimiento, en la toma de posesión del reino que Dios le ha prometido, agrupando, digámoslo así, los hechos evangélicos al rededor de su nacimiento.

En pocas líneas ha escrito la Iglesia un largo poema para anunciar el Nacimiento del Salvador. En la sombra y el silencio de la noche que precede la fiesta de Navidad, le hace cantar á uno de sus sacerdotes ó uno de sus levitas, y en las profundidades del santuario resuenan estas simples y admirables palabras: «Después de la creación del mundo, después que Dios, al principio de todas las cosas, sacó de la nada el cielo y la tierra el año 5199; después del diluvio, el año 2957; después del nacimiento de Abraham, el año 2015; después de Moisés y la salida del pueblo de Israel de la tierra de Egipto, el año 1510; después de la consagración del rey David, el año 1302; en la sexagésima quinta de las semanas de años profetizados por Daniel; en el ciento noventa y seis olimpiada; en el año 752 de la fundación de Roma, y el 42 del reino de Octavio-Augusto; estando en paz todo el universo, y al entrar en el mundo en su sexta edad, Jesucristo, Dios de toda eternidad, Hijo del padre Eterno, queriendo consagrar al mundo por su misericordiosa venida, después de haber sido concebido del Espíritu Santo, al cumplirse